

**Fecha:** 01/09/1991

**Título:** El oscuro vidriero

**Contenido:**

A finales de 1987, un oscuro artesano de Manchester, que se ganaba la vida poniendo vidrios en casas y oficinas, descubrió que ya no podía conseguir descuentos con sus proveedores. Todos los comerciantes y distribuidores de la región del West Midlands, a los que antes él ponía unos con otros con tanta maña para que le hicieran rebajas –“porque, si no, me voy a comprar mis paneles de vidrio de cuatro milímetros a la otra esquina, donde sí las hacen” – se habían vuelto de pronto inconvencibles.

En enero de 1988, el vidriero, en un arrebatado de civismo y malhumor, escribió una carta a Margaret Thatcher, entonces primera ministra del Reino Unido. Le contaba que, hasta hacía poco, yendo de un fabricante o mercader de vidrios a otro, él se las arreglaba para conseguir descuentos que iban desde el 5% hasta el 45% y que, gracias a esos márgenes, podía comer, pues nadie sobrevive solo con lo que se gana clavando cristales en las ventanas. Pero ahora, con esos precios, que ya no era posible regatear y que además subían como la espuma, la vida se le había puesto difícil. ¿Era legal eso? ¿Podían los productores y comerciantes ponerse de acuerdo para fijar los precios y acabar con la competencia? Porque eso era lo que estaba sucediendo, sospechaba él.

Algún tiempo después tocaron a la puerta del vidriero, en un arrabal de Manchester. Eran dos caballeros muy educados, a quienes aquél miró al principio con desconfianza. Le explicaron que 10 Downing Street residencia de la primera ministra – residencia de la primera ministra – había enviado su carta a la Office of Fair Trading, la dependencia encargada de garantizar el comercio equitativo en Gran Bretaña, en la que ellos trabajaban. Que, en efecto, establecer un cártel o convenio entre productores para evitar la competencia era ilegal y que, a raíz de su denuncia, ambos habían sido encargados de iniciar una investigación sobre lo que ocurría con el vidrio.

El artesano era un hombre metódico y pudo mostrar a los investigadores unas libretas donde figuraban todos sus contratos y transacciones y una especie de diario somero de sus actividades. Estos informes encaminaron la averiguación por la buena ruta. Algunos meses más tarde, luego de interrogar a muchos compradores, fabricantes, distribuidores y comerciantes, la oficina de Fair Trading estaba en condiciones de revelar que los cárteles de vidrio estaban organizados y operando en Manchester y en casi todas las regiones de Gran Bretaña.

La colaboración decisiva en la pesquisa provino de un empresario, Peter Chadwick, director de una pequeña de vidrios, quien admitió haber sido invitado a formar parte del cártel. Nombró a las 41 empresarios comprometidas con la conspiración. Las reuniones tenían lugar en hoteles de aeropuertos y no se llevaba actas de los acuerdos. Reveló además que las firmas que liberaban el grupo y promovían las decisiones eran las dos gigantes del ramo: Solaglas Ltd. Y Heywood Williams Group (esta última sobre todo había crecido espectacularmente desde que empezó a funcionar el cártel).

A diferencia de lo que ocurre en otros países de economía libre, como Estados Unidos y Alemania, donde los organismos gubernamentales encargados de combatir las prácticas monopólicas y las trabas al funcionamiento del mercado pueden multar o llevar a la justicia a las firmas sorprendidas en estas actividades, la oficina del Fair Trading debe actuar de esa

manera indirecta, laberíntica, tan simpática a la idiosincrasia británica. Las empresas descubiertas son urgidas, de acuerdo a la ley, sobre las prácticas restrictivas del comercio, a registrar en una entidad estatal sus acuerdos. Si éstos tienden a fijar precios únicos, son declarados ilegales. Las empresas, de otro lado, deben firmar un documento público comprometiéndose a no incurrir en acciones de esta índole, lo que, en caso de incumplimiento, las expone a la acción judicial.

Estos son los trámites que se siguió para romper los cárteles del vidrio en el West Midlands. El corolario fue, claro está, la caída de estos precios a los que la desaparición de la competencia mantenía artificialmente elevados (el precio actual promedio es el 12 % más bajo que en los tres años en que operó el cártel). El oscuro vidriero, que comenzó la historia, ha vuelto sin duda —nada más se ha sabido de él— a ganar esos márgenes alimenticios en los precios de los paneles, haciendo competir uno contra el otro a los proveedores que quieren tenerlo de cliente.

Pero en verdad la historia está aún lejos de terminar. Las empresas que establecen un cártel no sólo violan los derechos de los clientes particulares a adquirir a precios justos aquello que compran —y la justicia de los precios la determina no un grupo de caballeros o de damas en un cuarto de hotel sino ese mecanismo impersonal que es la oferta y la demanda—; también muy a menudo los del conjunto de los contribuyentes. Es lo que ocurre cuando aquel producto se adquiere con dineros públicos.

Ken Barnes, el barbado director del departamento de obras sociales de la Municipalidad de Manchester, al estallar este escándalo, se sentó en su escritorio y, con su calculadora bajo los bizcos ojos, comenzó a sumar y a restar. Rápidamente concluyó que, debido a los precios inflados por el cártel, el Concejo Municipal de Manchester había gastado en los últimos tres años 123,000 libras esterlinas más por las adquisiciones de vidrio para las viviendas de interés social (entre 1988 y 1991, el metro cuadrado de vidrio le costó cuatro libras y 67 centavos; desde que se quebró el cártel le cuesta sólo 3.75). Con el acuerdo unánime de los regidores conservadores y laboristas, la municipalidad decidió demandar a las empresas responsables, pidiéndoles una compensación por los perjuicios causados a los contribuyentes. El señor Barnes fue muy convincente detallando los beneficios que hubiera traído a los colegios y a la limpieza del vecindario esa suma que les timó el cártel del vidrio. No sabemos aún cuál será la sentencia de la corte, pero, sea cual fuere, la historia del oscuro vidriero de Manchester, que desbarató el pacto de un grupo de empresarios, para crearse una renta ilegítima a costa de los consumidores del West Midlands, ha tenido ya un final feliz.

A mí me conmovió mucho. La he ido conociendo al mismo tiempo que seguía en los diarios y en la televisión la horrenda saga de corrupciones, lavado de narcodólares, tráfico de influencias, desfalcos, fraudes, que ha puesto en evidencia la caída del Bank of Credit and Commerce International (BCCI). Por lo menos, una docena de países —entre ellos el mío— aparecen salpicados por la inmundicia que ha salido a la luz, con las primeras revelaciones sobre banqueros tramposos, traficantes de armas y de drogas aliados a quienes parecían respetables hombres de negocios, políticastros ladrones, jueces venales, periodistas mercenarios, en fin, todo un vomitivo sociopolítico. Y, en el otro platillo de la balanza, millares de incautos que perdieron sus ahorros por haberlos confiado al ‘primer banco del Tercer Mundo’.

Cuando un escándalo de esta magnitud estalla en los países democráticos, hay quienes levantan el dedo índice y exclaman: “¿Eso es la democracia?”. Y muchos, que no son cínicos,

sino gentes empeñadas en defender un sistema que les parecía el mejor o el menos malo de los sistemas políticos, se llenan de dudas y comienzan a preguntarse si, después de todo, no habrá más remedio que dar razón a quienes dicen que la democracia es otra estafa, una manera un poco más disimulada que otras para que los vivos y pícaros sigan haciendo de las suyas a costa de los ingenuos, débiles y pobres. ¿Rigen acaso las leyes de la misma manera para todos? ¿No las burlan alegremente quienes mandan? ¿No castigan ellas únicamente a quienes carecen de poder político o económico? ¿No es la democracia una mentira más, entre las muchas con que anestesian a sus electores políticos que, apenas trepan al poder, cometen todas las tropelías, sin que a la postre les suceda nada? La historia del oscuro vidriero de Manchester muestra que no, que las deficiencias de una sociedad libre pueden ser corregidas y que en ella un desconocido sin nombre y sin fortuna llega a veces a derrotar a gentes encumbradas, en provecho de toda la comunidad.

Una creencia extendida es que a las democracias liberales las mina la corrupción y que ésta acabará por realizar aquello que el difunto comunismo no logró: desplomarlas. ¿No se descubre a diario, en las más antiguas y en las novísimas, asqueantes casos de gobernantes, funcionarios, amicísimos, a quienes el poder político sirve para hacerse, a velocidades astronómicas, con fortunas estupendas? ¿No son incontables los casos de jueces sobornados, de contratos mal habidos, de imperios económicos que tienen en sus planillas a militares, policías, ministros, aduaneros? ¿No llega la putrefacción del sistema a grados tales que sólo queda resignarse, aceptar que la sociedad es y será una selva donde las fieras se comerán siempre a los corderos?

Es esta actitud – el pesimismo y el cinismo –, no la corrupción, la que puede efectivamente acabar con las democracias liberales, convirtiéndolas en un cascarón vacío de sustancia y verdad, eso que los marxistas ridiculizan con el apelativo de democracia formal. Es una actitud en muchos casos inconsciente, que se traduce en desinterés, en apatía hacia la vida pública, en escepticismo frente a las instituciones, en reticencia a ponerlas a prueba. Cuando secciones considerables de una sociedad sucumben al catastrofismo y la anomía cívica, el campo queda libre, es cierto, para los lobos y las hienas.

Pero no hay una razón fatídica para que ocurra así. El sistema democrático no garantiza que la deshonestidad y la picardía se evaporen de las relaciones humanas, pero establece unos mecanismos para hacerles frente, minimizar sus estropicios en la vida social, detectar, denunciar y sancionar a quienes se valen de ellas para escalar posiciones o enriquecerse y, lo más importante de todo, para reformar y perfeccionar el sistema de manera que cada vez aquellas armas entrañen más riesgos para quienes las usan.

La historia del vidriero de Manchester es especialmente instructiva para los países que, como los de Europa del Este y los de América Latina, inician (o reanudan después de un largo intervalo) la experiencia de la libertad poética y tratan de reemplazar las economías centralizadas o intervenidas por el mercantilismo por economías de mercado. Ni la libertad ni la competencia operan como las varitas mágicas de los cuentos de hadas. Hay que hacerlas funcionar, sin bajar la guardia y saliendo al paso con resolución contra aquellos que las desnaturalizan o violentan. Manteniéndose alertas a las trabas, amenazas y conjuras que siempre y de las maneras más sutiles y variadas surgirán en su seno.

Las palabras clave son civismo, participación, confianza en el sistema. Es sobre todo esto último lo que llevó a ese anónimo artesano de West Midlands a escribir una carta al jefe del gobierno de su país, cuando creyó advertir una práctica malsana en el comercio del que dependía su

trabajo. Y aquellos funcionarios de la oficina del Fair Trading, tan oscuros y acaso tan modestamente remunerados como aquel vidriero, llevaron a cabo esa paciente y difícil investigación con una independencia y tenacidad que no se explica solamente por motivos de rutina o salario; también por un íntimo -acaso no del todo consciente y por cierto nada exhibicionista- sentido de la responsabilidad, por una inequívoca percepción de lo que estaba en juego, a través de lo que hacían para tanta gente.

Ni el nombre del vidriero de Manchester ni el de esos investigadores son conocidos, ignoro si por decisión de ellos mismos o porque la ley exige que permanezcan en el anonimato. La enorme publicidad que merece ahora la historia gira sobre todo en torno a los empresarios del cártel, el director general de la oficina de comercio equitativo y los regidores del concejo municipal. Pero para mí no hay duda sobre quiénes son los verdaderos protagonistas de esta historia, que, pese a ser edificante y con un final feliz, es digna de admiración. Como otras democracias, Gran Bretaña no está exenta de escándalos políticos y económicos. Estallan de tanto en tanto y la prensa amarilla los explota con regocijo y obscenidad. Es alentador suponer que, después de lo ocurrido en estos días, otros artesanos —profesionales, obreros, jubilados, amas de casa— cada vez que se sientan atropellados o vejados, se animen a seguir el ejemplo de aquel oscuro vidriero de Manchester.

Londres, agosto 1991.